El ser humano es lenguaje

José Antonio Hernández Guerrero

El lenguaje ocupa un puesto central en la vida humana -personal y social, moral y cultural, política y económica- y, en consecuencia, es objeto preferente de las Ciencias Humanas.

El hombre se define y se realiza por su facultad del lenguaje, por su capacidad para dotar de significado a todas sus acciones, y por su necesidad de leer y de descifrar el significado de los objetos, de los sucesos, de las acciones, de las actitudes y de los comportamientos ajenos. El hombre piensa gracias al lenguaje. Los lenguajes son los soportes de nuestros pensamientos. Podemos afirmar que, cuando hablamos, más que decir lo que y como pensamos, pensamos lo que y como hablamos.

Pero estas afirmaciones no se refieren sólo al lenguaje articulado, sino que también abarcan los otros lenguajes como los gestuales y los icónicos. Sabemos que los vestidos, por ejemplo, además de abrigar, hablan; además de cubrir el cuerpo, descubren el alma: expresan los gustos, las aspiraciones, los temores y los complejos, pero hemos de advertir que los atuendos -los uniformes y los hábitos- influyen en la manera de pensar, en las actitudes y en los comportamientos de quienes los llevan.

Las palabras, no sólo exteriorizan las ideas, sino que también interiorizan, a través de los conceptos, los objetos e, incluso, los sujetos con los que hablamos. Ser humano es reconocerse conectado con los demás seres mediante el lenguaje. La relación humana no es, por tanto, una conexión física o química, como la que se establece entre las partes de un organismo o entre los componentes de las sustancias, sino la aproximación y la unión que se lleva a cabo mediante la dotación de significados según claves que remiten al ámbito subjetivo -como las percepciones, las sensaciones, los sentimientos, las fantasías, los deseos, los recuerdos, las convicciones éticas,

las creencias religiosas, las teorías filosóficas y doctrinas políticas- y según códigos que establecen las costumbres, los procedimientos y las pautas de conducta social.

Estos lenguajes son continuamente renovados por los hablantes y por los oyentes que los comparten y que, al usarlos, modifican -empobreciéndolos o enriqueciéndolos- los significantes y los significados. Hemos de advertir, sin embargo, que, aunque condicionan y, a veces, determinan nuestra interpretación de la realidad extralingüística, estos moldes lingüísticos no se imponen de manera tan necesaria que nos impidan superar sus límites. No imponen una manera determinada de pensar o de actuar, no son inventarios de fórmulas prefabricadas de revelación y de actuación de sí mismos, sino que pueden ser aceptados, rechazados o interpretados de diferentes maneras.

En resumen, afirmamos que un ser humano es un habitante de un mundo formado por significantes portadores de significados, por objetos y por sucesos que han de ser reconocidos, identificados, entendidos y respondidos, de acuerdo con unas claves y con unos códigos. El lenguaje, además, es un ámbito integrado por “artefactos” cargados de sentimientos, de creencias y de artefactos humanos (libros, cuadros, partituras musicales, herramientas y utensilios), que son "expresiones" dotadas de significados y que requieren ser entendidas para ser usadas y disfrutadas. Podemos afirmar que el individuo, cuando no actúa de esta manera, no se comporta como ser humano en el pleno sentido de este término.

El ser humano es el resultado cambiante de ilusiones logradas y de aspiraciones frustradas, de elecciones de comportamientos en relación con metas imaginadas o deseadas; su vida está gobernada por ideas, creencias, opiniones y experiencias, y por el reconocimiento de objetivos deseables o indeseables: por un conjunto de destrezas que, para se han de desarrollar mediante un dilatado proceso aprendizaje.

Los seres humanos hemos de aprender las destrezas más elementales como, por ejemplo, la manera de la alimentarnos, de lavarnos o de vestirnos. Un niño no aprende a andar lo mismo que un caballo. El nuevo ser humano no es sólo un organismo en busca de una adaptación a un medio favorable para la subsistencia, sino que es el *homo discens*, una criatura capaz de aprender a pensar, a entender, a desear, a amar, a odiar, a actuar y a hablar. Sólo así llega a ser plenamente humana.

Crecemos humanamente, por lo tanto, no sólo siguiendo las pautas humanas adultas establecidas, sino aprendiendo a actuar humana y libremente. Para lograrlo, además de poseer un inventario de ideas, de imágenes, de sentimientos, de creencias, etc., es necesario aprender a mirar, a escuchar, a pensar, a sentir, a imaginar, a creer, a entender, a elegir y a desear.

Estas reflexiones nos llevan a la conclusión de que aprender el arte de la elocuencia es aprender a reconocerse a sí mismo en el espejo de los demás, adquiriendo la habilidad de devolver a los oyentes su propia versión de un ser vivo y libre en acción, que es a la vez una automanifestación y una autoactuación. El ser humano madura dominando el mundo de los lenguajes, de los significados: se apropia del mundo mediante palabras.